



El día que el mar cayó desde el cielo

Cuentos

En la vida de las caguamas hay un momento mágico. Nadie sabe cómo, un día –estén donde estén- todas se ponen de acuerdo para reunirse y nadar miles de kilómetros hacia la misma playa. El viaje es agotador y lleva mucho, muchísimo tiempo. Al llegar, con la poca fuerza que les queda, como si aún estuvieran remando en el océano, las tortugas se arrastran sobre la orilla hasta quedar a salvo. Inmediatamente cavan un hueco en la arena húmeda y allí ponen sus huevos. Por último, los tapan cuidadosamente para asegurarse de que las olas, al bajar, no se los lleven mar adentro. Sólo después de ésa, su principal misión en la vida, apoyan la cabeza en la frescura de la espuma y se tienden a descansar.

Azulina Caguama había roto el cascarón durante la noche, en una de las inmensas costas de Oaxaca. La naturaleza es sabia: de un modo misterioso, cuando los huevos estuvieron listos para resquebrajarse, ya las mareas habían pasado una y otra vez como lenguas de agua, lamiendo casi toda la arena que cubría los pequeños pozos. De esta manera, las criaturas recién nacidas debían trepar nada más un poco para poder salir de sus agujeros y aguardar a que una ola las arrastrara hacia el mar, su hogar definitivo.

Parecía sencillo. Pero Azulina tenía miedo. El lejano rugido del océano llenaba el aire de una oscuridad aterradora. A veces, el ruido del choque entre las olas más altas y las rocas hacía temblar a la indefensa tortuga, que escondía la cabeza dentro del caparazón... ¿Qué le ocurriría cuando el agua la alcanzara? ¿Cómo sabría qué hacer o hacia dónde ir? ¡Oh... todo había sido tan fácil, tan acogedor dentro del huevo! ¡Adiós a aquel refugio curvo y suave que la había protegido de lo desconocido!

Hundida en estos pensamientos estaba la pequeña, cuando escuchó con claridad el temible burbujeo que sonaba cercano, se detenía un instante y luego iba disminuyendo para callar, volver y asustarla varias veces.

Así pasaron interminables horas, sin que ella se atreviera a mirar hacia fuera. Hasta que una gota le salpicó las mejillas. Y luego, otra, con más fuerza. Y después, un poco de agua helada se deslizó bajo su cuello. "Recién acabo de nacer y ya voy a morir ahogada. Caramba, qué corta es la vida", pensó con resignación. Hubo un silencio largo, como si el mar se estuviera preparando para comerse la playa de un solo bocado. De pronto, Azulina sintió que algo liviano se le subía encima, primero con lentitud y después con más peso y alboroto. Cada minuto que pasaba, la vibración y el tambaleo eran mayores. Aunque se moría de miedo, no soportó más la curiosidad y sacó la cabeza. Entonces alcanzó a ver -todo al mismo tiempo- el globo rojo del sol que asomaba allá lejos, sobre el horizonte. Y el mar, que ya venía a su encuentro para llevársela. Y la arena brillante, dorada de reflejos. Y la espuma, que la iba envolviendo poco a poco. Pero también vio a... cientos de tortugas!

¡Estaban por todas partes, arriba, abajo, a los costados! Hubiera querido preguntarles si sentían tanto miedo como ella. No tuvo tiempo: apenas sí llegó a cruzarse con la mirada asustada de un tortugo que llevaba medio cascarón puesto como casco. En el mismo momento en que iba a sonreírle, pareció que el cielo caía hecho pedazos, convertido en agua. Lo que estaba abajo quedó arriba y lo de arriba, abajo, dando vueltas sin control como si un terremoto hubiera levantado la playa por un lado, haciendo rodar cada grano de arena hacia el mar. Tras varios tumbos entre caparazones, huevos rotos y burbujas, la oscuridad se tragó todo.

Lo que pasó a continuación no se puede explicar.

Cuando parecía que había llegado el final, Azulina, lejos de ahogarse, descubrió que podía respirar bajo el mar. Su pesado cuerpo, que en la playa se llenaba de arena, se movía ahora con la suavidad de una pluma en el aire. Las cuatro patas que se agitaban con dificultad, esforzándose por huir, eran aletas que la impulsaban hacia delante, elegante y veloz.

Un haz de rayos de sol atravesó el agua desde las alturas, abriéndose lentamente, como un gran abanico de luz. Fueron dos segundos; sin embargo, alcanzaron para iluminar a una multitud de criaturas que nadaban (con miedo, pero con valentía) en la misma dirección.

En ese momento, Azulina comenzó a comprender que todo fin era también un principio. Que lo que necesitaba para avanzar estaría siempre dentro de ella, creciendo poco a poco, esperando el momento apropiado para salir.

Con los días, se abriría un mundo nuevo de corales rojos, estrellas anaranjadas, medusas transparentes y peces de mil colores; un mundo que hubiera sido imposible conocer sin vencer primero aquellos miedos del comienzo.

Ya no cabía ninguna duda: ser una tortuga era algo maravilloso.

© Carlos Marianidis